

“Estado Ficción: Autopsia de una utopía corrupta”

“The Fictional State: An Autopsy of a Corrupt Utopia”

Jouseth Evan Gordon Benavides

Jouseth.gordon@ulatina.net

Universidad Latina de Costa Rica

Costa Rica

2026

Resumen

Este artículo examina la viabilidad teórica, económica e histórica del comunismo y del socialismo marxista, entendido este último como su fase inferior según la propia doctrina. A partir del Manifiesto Comunista (Marx y Engels, 1848/1948) y de tres obras críticas fundamentales, El socialismo de Ludwig von Mises (1922/2007), Camino de servidumbre de Friedrich Hayek (1944/2011) y El libro negro del comunismo dirigido por Stéphane Courtois (Courtois et al., 1998), se sostiene que el proyecto comunista solo puede intentarse mediante la concentración total del poder en un Estado gigantesco, burocrático, ineficiente y corrupto, que exige a las personas ceder sus libertades y garantías, y que bloquea toda posibilidad de progreso individual porque cualquier iniciativa propia atenta contra el plan y, por lo tanto, contra el Estado. Se argumenta además que, dentro de la tradición marxista-leninista, el socialismo no es un proyecto distinto del comunismo sino su etapa de instalación, razón por la cual se adapta, se divide en corrientes y desplaza su discurso hacia causas sociales y culturales para ganar aceptación, radicalizando en el proceso a la población mediante una lógica permanente de enemigos y resentimiento. Mediante una definición operativa de cinco criterios verificables, se examinan la Unión Soviética, China, Vietnam, Camboya, Corea del Norte y Cuba, junto con los experimentos naturales de las dos Alemanias y las dos Coreas y el caso complementario de Venezuela. La evidencia comparada, con un saldo humano que las distintas estimaciones sitúan en varias decenas de millones de muertos y que el balance de Courtois et al. (1998) aproxima a los cien millones, apunta de forma consistente hacia el mismo patrón: la colectivización produce escasez, terror y estancamiento, y los regímenes comunistas que sobreviven económicamente lo hacen mediante liberalizaciones parciales que reintroducen los mecanismos capitalistas que su

doctrina manda abolir. Se concluye que el comunismo es económicamente imposible y políticamente totalitario por diseño, no por accidente.

Palabras clave: comunismo, socialismo, totalitarismo, cálculo económico, planificación central, radicalización, libertades individuales

Abstract

This article examines the theoretical, economic, and historical viability of communism and Marxist socialism, with the latter understood as its lower stage according to the doctrine itself. Drawing on *The Communist Manifesto* (Marx and Engels, 1848/1948) and three fundamental critical works, *Socialism* by Ludwig von Mises (1922/2007), *The Road to Serfdom* by Friedrich Hayek (1944/2011), and *The Black Book of Communism* edited by Stéphane Courtois (Courtois et al., 1998), it argues that the communist project can only be attempted through the total concentration of power in a gigantic, bureaucratic, inefficient, and corrupt State, which requires individuals to surrender their freedoms and guarantees, while blocking any possibility of individual progress because any personal initiative contradicts the plan and, therefore, the State. It further argues that, within the Marxist-Leninist tradition, socialism is not a project separate from communism but rather its implementation stage, which is why it adapts, divides into different currents, and shifts its discourse toward social and cultural causes in order to gain acceptance, radicalizing the population in the process through a permanent logic of enemies and resentment. Through an operational definition based on five verifiable criteria, the article examines the Soviet Union, China, Vietnam, Cambodia, North Korea, and Cuba, alongside the natural experiments of the two Germanies and the two Koreas, as well as the complementary case of Venezuela. Comparative evidence, with a human toll that different estimates place at several tens of millions of deaths and which Courtois et al. (1998) estimate at approximately one hundred million, consistently points toward the same pattern: collectivization produces scarcity, terror, and stagnation, and communist regimes that achieve economic survival do so through

partial liberalizations that reintroduce the capitalist mechanisms their doctrine mandates abolishing. The article concludes that communism is economically impossible and politically totalitarian by design, not by accident.

Keywords: communism, socialism, totalitarianism, economic calculation, central planning, radicalization, individual freedoms.

La utopía corrupta

Pocas doctrinas políticas han prometido tanto y han entregado tan poco como el comunismo. Marx y Engels lo presentaron a mediados del siglo XIX como la culminación científica de la historia, una sociedad sin clases, sin Burguesía y sin explotación, la emancipación definitiva del ser humano. Pero cada vez que la doctrina pasó del papel al poder, el resultado fue el contrario: Estados omnipotentes, burocracias parasitarias, hambrunas masivas, campos de trabajo forzado, vigilancia total y personas reducidas a piezas anónimas al servicio del régimen. Lo que este trabajo busca demostrar es que esa contradicción entre la promesa y el resultado no fue mala suerte ni culpa de dirigentes torpes que aplicaron mal una teoría noble. Fue la consecuencia lógica de los presupuestos mismos de la doctrina. Cuando uno lee con calma a los autores que la analizaron desde dentro y desde fuera, y cuando revisa lo que los archivos revelaron después de 1991, resulta muy difícil llegar a otra conclusión.

Antes de enunciar la tesis conviene delimitar con precisión el objeto de la crítica, porque de esa delimitación depende todo lo demás. Este trabajo se dirige al socialismo marxista, comunista, estatista o de planificación central, es decir, al proyecto que aspira a abolir o subordinar la propiedad privada de los medios de producción y a dirigir la economía desde el Estado. No se dirige a cualquier política social, a los sistemas de seguridad social ni al Estado de bienestar de las economías capitalistas, que operan dentro del mercado y de la propiedad privada, no contra ellos. La distinción no es una concesión: es una exigencia de rigor, y en las secciones

doctrinales se mostrará que fueron los propios fundadores del marxismo quienes definieron el socialismo como fase del comunismo, no sus críticos.

La tesis central puede resumirse en tres proposiciones. La primera es que el comunismo solo es realizable, en el sentido limitado de que solo puede intentarse, bajo la forma de una dictadura total, en la cual los individuos ceden todas sus libertades personales y garantías jurídicas a un superestado que planifica, vigila y castiga. Ese Estado, por su propia naturaleza monopólica, se vuelve inevitablemente lento, burocrático, ineficiente y corrupto, y cierra por diseño toda vía para que una persona mejore su situación con su propio esfuerzo, porque toda iniciativa autónoma es una amenaza al plan, y todo lo que amenaza al plan es un delito contra el Estado. La segunda proposición es que el socialismo, dentro de la tradición marxista-leninista, no es una doctrina distinta del comunismo sino su fase inferior e instrumental. Así lo definieron sus propios fundadores, Marx (1875/1977) y Lenin (1917/1997), sin ningún disimulo. Su función estratégica es acostumbrar a la población a un control estatal creciente sin provocar el rechazo que generaría la meta final si se anunciara de entrada. Por eso el socialismo se adapta, se deforma, se divide en muchas ramas y desplaza su discurso hacia las luchas culturales y sociales, y por eso, cuando el avance gradual no alcanzó, el movimiento comunista internacional financió y armó movimientos insurreccionales y terroristas. La tercera proposición es que la evidencia comparada disponible apunta de forma consistente hacia el mismo patrón: los principales regímenes comunistas examinados produjeron escasez, represión política y concentración del poder, y los únicos que sobreviven económicamente son precisamente los que reintrodujeron mediante liberalizaciones parciales los precios, la propiedad privada limitada, la inversión extranjera y el comercio que su doctrina manda abolir, como muestran la Nueva Política

Económica soviética, las reformas de Deng Xiaoping en China, el Doi Moi vietnamita y el cuentapropismo cubano.

Hay una cuarta idea que atraviesa todo el trabajo y que me parece la más importante para entender por qué esta ideología sigue siendo peligrosa hoy. El marxismo no es solo un modelo económico fallido. Es una forma de pensar que radicaliza a la gente. Su punto de partida, la lucha de clases, divide a la humanidad en opresores y oprimidos, en un nosotros y un ellos irreconciliables, y convierte el odio al enemigo en el pegamento del movimiento. Hayek (1944/2011) explicó el mecanismo con una lucidez que asusta: es mucho más fácil unir a las personas alrededor de un programa negativo, del odio a un enemigo y de la envidia hacia los que viven mejor, que alrededor de una tarea constructiva. Esa lógica no desaparece cuando el socialismo se modera en las formas. Está en su núcleo, y por eso cada versión del proyecto, por amable que parezca al principio, termina fabricando resentimiento, división y fanatismo. No es la forma correcta de gobernar ni de pensar, y este trabajo intenta demostrar por qué, con argumentos y con hechos.

El artículo se organiza así. Primero se reconstruye el programa marxista a partir de sus fuentes primarias, en particular el Manifiesto Comunista, para mostrar que la dictadura y la supresión de la libertad no son desviaciones sino prescripciones explícitas, y se precisa la relación doctrinal entre socialismo y comunismo, distinguiendo los tres niveles que el debate público suele mezclar. Después se expone la refutación económica de Mises (1922), el problema del cálculo, la respuesta del socialismo de mercado y la tesis del destruccinismo, junto con el problema del conocimiento de Hayek (1945). Luego se analiza la lógica política del poder total siguiendo Camino de servidumbre: por qué la planificación exige dictadura, por qué los peores llegan a la cima y por qué el sistema necesita acabar con la verdad. La sección siguiente

establece una definición operativa del régimen comunista mediante criterios verificables y presenta la evidencia histórica organizada a partir del balance de Courtois et al. (1998), incluidos los dos grandes experimentos naturales del siglo XX, las dos Alemanias y las dos Coreas, y el caso complementario de Venezuela. Más adelante se examina el papel del socialismo como fase y vehículo del comunismo, sus estrategias de adaptación cultural y su apoyo a la vía armada. Se estudia después la paradoja de la supervivencia, es decir, los regímenes comunistas que se salvaron aplicando capitalismo. Al final se responden los contraargumentos habituales y se ofrecen las conclusiones.

El programa comunista: la dictadura es el fin, no el medio

El Manifiesto Comunista y la demolición de la esfera privada

Cualquier refutación seria debe empezar por las fuentes originales y no por caricaturas. El Manifiesto Comunista de 1848 es el documento fundacional del movimiento y contiene, con una franqueza que sus herederos actuales prefieren disimular, el programa completo de demolición de la sociedad libre. La premisa filosófica lo abarca todo: "La historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases" (Marx y Engels, 1848/1948). Esta frase, que parece una simple descripción, cumple en realidad una función normativa decisiva. Si toda la historia es lucha de clases, entonces toda institución humana, la familia, la religión, el derecho, la cultura, la nación, queda reducida a un instrumento de dominación, y por lo tanto toda institución puede ser legítimamente destruida. El marxismo no propone reformar la sociedad. Propone abolirla y reconstruirla desde el poder. Y aquí aparece por primera vez el germen de la radicalización: una doctrina que enseña que el mundo entero es una guerra encubierta no forma ciudadanos, forma combatientes.

El núcleo operativo del Manifiesto es la abolición de la propiedad privada. Marx y Engels (1848/1948) lo declaran sin rodeos: toda su teoría puede resumirse en esa única fórmula. Pero la propiedad no es un accesorio de la libertad, es su condición material. Una persona que no puede poseer nada, ni tierra, ni empresa, ni ahorro, ni el producto completo de su trabajo, depende para comer, para vivir bajo techo, para trabajar y para imaginar un futuro de un único patrón: el Estado. Como advirtió Hayek (1944/2011), "quien controla toda la vida económica, controla los medios para todos nuestros fines" (p. 126), y decide en consecuencia cuáles de esos fines se van a satisfacer y cuáles no, qué valores cuentan como altos y cuáles como bajos. Abolir la propiedad es, en la práctica, abolir la independencia personal.

Las diez medidas que el Manifiesto prescribe para los países más avanzados confirman este diagnóstico y son, leídas hoy, el plano arquitectónico del Estado total: expropiación de la propiedad territorial, fuertes impuestos progresivos, abolición del derecho de herencia, confiscación de la propiedad de emigrados y sediciosos, centralización del crédito en un banco estatal con monopolio exclusivo, centralización del transporte en manos del Estado, multiplicación de las empresas estatales, obligación de trabajar para todos, combinación de agricultura e industria para borrar el contraste entre ciudad y campo, y educación pública y gratuita de todos los niños bajo dirección estatal (Marx y Engels, 1848/1948). Conviene subrayar que la expropiación, la centralización del crédito, el trabajo obligatorio y la educación estatal no son inventos de los críticos del marxismo: son medidas doctrinales, numeradas y publicadas por los propios fundadores. Vale la pena detenerse en la lógica acumulativa del programa. El Estado se va apropiando de la tierra, del capital, del crédito, del transporte, de la industria, del trabajo mismo, convertido en obligación exigible, y al final de la formación de las conciencias mediante el monopolio educativo. La novena medida, la confiscación de bienes a los sediciosos, merece

una mención aparte: institucionaliza el castigo patrimonial a la disidencia política desde el documento fundacional. El que discrepa pierde lo que tiene. La persecución del opositor no fue un exceso de Stalin. Estaba en el plan desde 1848.

La dictadura del proletariado

Marx llamó al régimen de transición dictadura del proletariado, y la expresión debe tomarse al pie de la letra. En la Crítica del Programa de Gotha, Marx (1875/1977) estableció que entre la sociedad capitalista y la comunista media un período de transformación revolucionaria cuyo Estado no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado. Fue Lenin quien sacó todas las consecuencias de esa fórmula. En El Estado y la revolución, Lenin (1917/1997) definió la dictadura del proletariado como un poder que no está limitado por ninguna ley y que se apoya directamente en la violencia. No es una interpretación malintencionada de sus críticos: es la definición del propio fundador del primer Estado comunista. Un poder sin límite legal es, por definición, la negación del Estado de derecho, de las garantías individuales y del debido proceso. Y la secuencia que va de la doctrina a la práctica es directa y documentable: la dictadura del proletariado se encarnó en el partido de vanguardia, el partido de vanguardia se convirtió en partido único, el partido único creó su policía política, la Cheka, fundada apenas seis semanas después de la toma del poder en 1917, y la policía política se dedicó a reprimir al disidente, empezando por los propios socialistas rivales, mencheviques y socialistas revolucionarios, y siguiendo por la prohibición de las facciones internas del propio partido bolchevique en 1921 (Pipes, 2001; Kolakowski, 1976/1980). Todo lo que vino después, los tribunales revolucionarios, los fusilamientos sin juicio, los campos, fue la aplicación coherente de esa premisa inicial.

El leninismo agregó un componente igual de totalitario en el plano de las ideas: la teoría de la vanguardia. Como el proletariado, dejado a su suerte, solo desarrolla conciencia sindical y

no conciencia revolucionaria, hace falta un partido de revolucionarios profesionales que piense por él, lo dirija y, si es necesario, lo obligue a ser libre (Kolakowski, 1976/1980). El pueblo debe ser instruido en que está alienado. El que no se siente oprimido sufre de falsa conciencia y hay que reeducarlo. Este truco conceptual es de una eficacia siniestra porque blindo a la doctrina contra cualquier refutación. Si los obreros prosperan bajo el capitalismo, es falsa conciencia. Si rechazan la revolución, es alienación. Si protestan contra el régimen comunista, son agentes de la burguesía. Popper (1945/2010) lo señaló con claridad: una teoría que ningún hecho puede refutar no es ciencia sino profecía disfrazada de ciencia, un historicismo que dice conocer las leyes inexorables de la historia y que autoriza a sus dueños a imponerlas a sangre y fuego. Y ese es otro motor de radicalización: quien cree poseer el sentido de la historia deja de ver a sus adversarios como personas que piensan distinto y empieza a verlos como obstáculos de la historia, es decir, como cosas que se pueden remover.

Socialismo y comunismo: una sola doctrina en dos fases

Conviene despejar desde ahora un equívoco que se cultiva a propósito: la supuesta diferencia de fondo entre socialismo y comunismo. En la doctrina marxista no existe tal diferencia de naturaleza, solo una secuencia de fases. Marx (1875/1977) distinguió una fase inferior de la sociedad comunista, donde todavía rigen el trabajo obligatorio y la distribución según el aporte, y una fase superior donde regiría el principio de cada cual según su capacidad y a cada cual según sus necesidades. Lenin (1917/1997) fijó la terminología para siempre: la fase inferior se llama socialismo y el superior comunismo. El socialismo es, en palabras del propio Lenin, la antesala necesaria del comunismo, el período en el que el Estado, lejos de extinguirse, alcanza su máxima expansión para expropiar, dirigir la producción y reeducar a la población. La propia Unión Soviética llevó esa secuencia en el nombre: Unión de Repúblicas Socialistas

Soviéticas, no comunistas, porque el comunismo era la meta declarada y el socialismo el camino oficial hacia ella.

Ahora bien, el rigor exige distinguir tres niveles que el debate público mezcla constantemente, y que este trabajo tratará por separado. El primero es el comunismo de partido único, el régimen ya instalado, con propiedad estatal, planificación central y represión de la oposición. El segundo es el socialismo revolucionario o marxista, el proyecto que declara como meta esa transformación y que constituye, según la propia doctrina, la fase de instalación. El tercero es la socialdemocracia de las economías capitalistas, que redistribuye mediante impuestos dentro del mercado y de la propiedad privada, y que desde el revisionismo de Bernstein renunció expresamente a la abolición del capitalismo. La crítica de este trabajo se concentra en los dos primeros niveles. No toda política social es comunismo, y sostener lo contrario sería tan impreciso como lo que aquí se denuncia. El problema jurídico y político aparece cuando la justicia social se usa como vehículo para transferir al Estado un poder económico y político creciente e irreversible: propiedad, precios, crédito, información y educación. Ese umbral, y no la mera existencia de programas sociales, es el que separa la socialdemocracia del proyecto que este trabajo refuta.

De aquí se desprende una conclusión central para el debate actual. Cuando el socialismo marxista se presenta como un proyecto moderado, distinto y ajeno al comunismo, está contradiciendo a sus propios fundadores. Es, por definición doctrinal, comunismo en fase de instalación. Su moderación es táctica, no de principio: es la etapa en la que el proyecto necesita calar en la población, ganar elecciones o tolerancia, ocupar instituciones y agrandar el Estado, sin mostrar todavía la cara final del poder total. Sobre esa lógica de fases, y sobre sus estrategias de adaptación, volveré más adelante con detalle. Por ahora basta con dejar establecido que la

distinción entre socialismo y comunismo, tal como circula en el discurso público, es una cortina de palabras que la propia doctrina desmiente.

La refutación económica: Mises y la imposibilidad del socialismo

El problema del cálculo económico

La refutación más demoledora del comunismo no es moral sino técnica, y llegó apenas tres años después de la Revolución de Octubre. En 1920, el economista austríaco Ludwig von Mises publicó su famoso argumento del cálculo económico, que luego desarrolló por completo en su tratado *El socialismo* (Mises, 1922/2007). El razonamiento es sencillo de enunciar y devastador en sus consecuencias. Una economía sin propiedad privada de los medios de producción no tiene mercados para esos medios. Sin mercados no hay precios. Y sin precios no existe ninguna manera racional de comparar los costos y beneficios de los infinitos usos alternativos que tienen los recursos. El planificador que debe decidir si el acero disponible se convierte en rieles, en tractores, en puentes o en maquinaria textil no tiene ningún criterio objetivo para elegir, porque destruyó el único instrumento capaz de condensar la escasez relativa de cada cosa: el sistema de precios que se forma con millones de intercambios voluntarios. La conclusión de Mises no era que el socialismo funcionaría mal. Era que el socialismo es imposible como sistema económico racional. La llamada economía planificada no es una economía en ningún sentido riguroso: es un aparato que avanza a tientas en la oscuridad.

En el tratado, Mises (1922/2007) se anticipó a la respuesta habitual de los planificadores, que proponían sustituir el dinero por un cálculo en especie, es decir, contar toneladas, horas de trabajo y unidades físicas. Demostró que ese método solo sirve para los bienes finales más simples y se vuelve impotente frente a los bienes de orden superior. En una economía moderna, con millones de productos intermedios y de procedimientos alternativos de producción, la mente

humana queda a la deriva sin el denominador común de los precios monetarios. Siempre será evidente que mil litros de vino valen más que ochocientos. El problema real empieza después: cómo saber si producir ese vino con estos insumos, en esta región, con esta técnica, cuesta más o menos que las otras diez mil combinaciones posibles, y si esos mismos recursos no servirían mejor para otra cosa. Sin precios, nadie puede saberlo. Ni el burócrata más honesto, ni el comité más sabio, ni la computadora más potente.

La respuesta del socialismo de mercado y por qué no resuelve el problema

La objeción más seria que recibió Mises no vino de los marxistas ortodoxos sino de economistas socialistas que aceptaron el desafío en su propio terreno. Oskar Lange (1936) y Abba Lerner propusieron el llamado socialismo de mercado: una junta central de planificación que fijaría precios de manera provisional y los iría ajustando por ensayo y error, subiendo el precio de lo que escaseara y bajando el de lo que sobrara, imitando así el proceso del mercado sin propiedad privada. Durante décadas se repitió que Lange había ganado el debate. La reexaminación posterior demostró lo contrario. Lavoie (1985) reconstruyó la controversia completa y mostró que la solución de Lange elude el problema en lugar de resolverlo, por tres razones. Primero, presupone la información que había que descubrir: la junta necesita conocer las funciones de producción y las preferencias que, como explicará Hayek, solo el proceso competitivo revela. Segundo, elimina el motor del descubrimiento: sin propietarios que arriesguen su propio capital no hay empresarios que busquen usos nuevos para los recursos, y el ensayo y error burocrático carece del incentivo y de la señal de pérdidas que disciplina al ensayo y error empresarial. Tercero, y esto es lo decisivo desde el punto de vista argumentativo, el propio diseño de Lange es una confesión: un sistema que primero declara defectuoso el mercado, después lo destruye y al final dedica todo su ingenio a construir una imitación artificial de lo que

destruyó, ha admitido la derrota aunque no la firme. Ningún régimen comunista real aplicó jamás el modelo de Lange, y los que se le acercaron con reformas parciales, como la Hungría del propio Kornai, descubrieron que el simulacro de mercado sin propiedad privada reproduce la escasez con otra cara (Kornai, 1992). La mejor prueba de que Mises ganó el debate la dieron sus adversarios: dedicaron años a diseñar mecanismos que imitaran artificialmente lo que la propiedad privada, los precios y el mercado hacen con toda naturalidad.

El destruccionismo: un sistema que consume lo que no puede crear

La parte final del tratado de Mises contiene, a mi juicio, su diagnóstico más profundo y el que mejor anticipó lo que el mundo vería mucho después. Puesto que la organización socialista de la producción es imposible, cada paso hacia el socialismo no construye un orden nuevo: solamente demuele el que existe. Por eso Mises bautizó al socialismo con un nombre que lo define mejor que ningún otro, destruccionismo. El socialismo "Nada construye, todo lo demuele" (Mises, 1922/2007, p. 474). No produce nada por sí mismo. Se limita a dilapidar el capital que acumularon generaciones enteras de la sociedad fundada en la propiedad privada. La política destruccionista es, en esencia, consumo de capital: sacrifica el futuro para financiar el presente. Y su vicio permanece invisible para las masas y para los políticos mientras los muros siguen en pie, las máquinas giran y los trenes ruedan sobre rieles heredados. Hasta que el patrimonio devorado se acaba, y entonces el derrumbe, que se venía incubando durante décadas, parece repentino.

Margaret Thatcher condensó la misma idea en una frase célebre de una entrevista televisiva de 1976: el problema del socialismo es que tarde o temprano se acaba el dinero de los demás (Thatcher, 1976). La frase resume, en lenguaje llano, lo que Mises había demostrado técnicamente medio siglo antes. Cuesta encontrar en la historia del pensamiento una predicción

más exacta. Escrito en 1922, ese diagnóstico describe con precisión la trayectoria completa de la Unión Soviética: siete décadas viviendo del capital físico, humano e institucional acumulado antes de la revolución y saqueado a los países ocupados, hasta el colapso de 1991. Mises (1922/2007) advirtió además algo que explica mucho del presente: el dominio de la ideología socialista desborda por completo a los partidos que llevan ese nombre. Impregna a los demás partidos y hasta a muchos de sus adversarios, que en el fondo están convencidos de que el socialismo es más racional y justo, y de que resistirlo es inútil. Esa capitulación intelectual anticipada explica por qué el estatismo sigue avanzando incluso donde el socialismo pierde elecciones. La batalla no se libra solo en las urnas sino en las ideas, y quien concede la superioridad moral del adversario ya perdió la mitad de la guerra.

Hayek y el problema del conocimiento

Friedrich Hayek (1945) agregó a la crítica de Mises una capa todavía más profunda: el problema del conocimiento. La información económica relevante, qué se necesita, dónde, cuándo, en qué cantidad, con qué calidad y a costa de qué otras cosas, no existe en ningún lugar de forma centralizada ni centralizable. Está repartida en millones de mentes, en forma de conocimiento local, tácito y cambiante: el agricultor que conoce su tierra, el comerciante que conoce a sus clientes, el mecánico que conoce su máquina. El sistema de precios es el único mecanismo conocido capaz de reunir y transmitir ese conocimiento disperso en tiempo real, permitiendo que millones de personas coordinen sus planes sin conocerse y sin que nadie dé órdenes. El planificador central, por brillante que sea, no puede acceder a un conocimiento que no existe en forma agregada. Por eso la pretensión de dirigir científicamente una economía entera es lo que Hayek (1988/1990) llamó una fatal arrogancia: la ilusión de que la razón de unos pocos puede sustituir el orden que generan espontáneamente millones de personas. Scott (1998)

documentó la misma lógica desde la antropología política: los grandes proyectos estatales de rediseño social, de la colectivización soviética a la agricultura planificada, fracasan porque el Estado solo puede ver la realidad simplificada en cuadrículas y estadísticas, y al imponer esa simplificación destruye el conocimiento práctico local del que dependía la producción real.

De la crítica de Mises y de Hayek se desprende el retrato inevitable del Estado planificador: un aparato gigantesco, lento y torpe, condenado a decidir a ciegas y a corregir sus errores con más órdenes, más oficinas y más coerción. Cada fracaso del plan exige un nuevo organismo de control, cada organismo de control genera nuevas distorsiones, y la pirámide burocrática crece hasta devorar la economía que decía dirigir. El economista húngaro János Kornai (1992), que vivió el sistema desde adentro, describió el resultado como la economía de la escasez: colas interminables, estantes vacíos, acaparamiento crónico, productos de calidad miserable, fábricas que cumplían el plan produciendo cosas que nadie quería, y un mercado negro omnipresente que era el verdadero sistema circulatorio del país. Kornai demostró que esos rasgos no eran fallas corregibles sino propiedades del sistema, derivadas directamente de la propiedad estatal, del partido único y de la restricción presupuestaria blanda, es decir, de la certeza de toda empresa estatal de que sus pérdidas serían cubiertas por el Estado, lo que elimina cualquier incentivo a producir bien. Boettke (1990) documentó algo parecido: la economía soviética real nunca funcionó según el plan sino a pesar del plan, gracias a redes informales de trueque entre empresas y a una corrupción estructural que era el lubricante indispensable de toda la maquinaria. En el comunismo la corrupción no es una enfermedad. Es el sistema operativo real escondido debajo de la ficción del plan.

La lógica del poder total: el camino de servidumbre

Planificar la economía es planificar la vida

Si la planificación central es económicamente imposible, cabe preguntarse por qué los regímenes que la intentaron no se limitaron a fracasar en paz. La respuesta la dio Hayek (1944/2011) en Camino de servidumbre, probablemente el libro más profético del siglo XX, escrito en plena guerra mundial para advertir a los países libres de que estaban tomando, con las mejores intenciones, el mismo camino que Alemania y Rusia habían recorrido antes. Su argumento central es de una lógica implacable: la planificación económica no puede convivir con la libertad individual porque planificar la economía es planificar la vida. La intervención económica no toca apenas un sector de la existencia que pueda separarse del resto. Toca los medios que sirven para todos nuestros fines. Si el Estado decide qué se produce, decide qué se consume. Si decide dónde se invierte, decide dónde se trabaja y dónde se vive. Si asigna los recursos, asigna los destinos de las personas. La supuesta liberación que prometen los planificadores consiste, en realidad, en que las decisiones dolorosas de nuestra vida las tomará otro por nosotros, y difícilmente queda un aspecto de la existencia, desde las necesidades básicas hasta las relaciones con la familia y los amigos, desde el trabajo hasta el descanso, donde el planificador no termine metiendo la mano (Hayek, 1944/2011).

Hayek ofrece un ejemplo que parece técnico y es escalofriante: el control de cambios. A primera vista, nada parece más alejado de la vida privada que la regulación estatal de las operaciones con moneda extranjera, y la mayoría de la gente recibe esa medida con indiferencia. Pero es el paso decisivo hacia el totalitarismo, porque suprime el último medio de escape, no solo para el rico sino para todos. Cuando el individuo ya no puede viajar, ni comprar libros o periódicos extranjeros, ni mantener contacto con el exterior salvo por los canales que aprueba la opinión oficial, queda entregado por completo a la tiranía del Estado (Hayek, 1944/2011). Cualquiera que haya estudiado los regímenes comunistas reconoce esta secuencia: todos, sin

excepción, controlaron las divisas, cerraron las fronteras y convirtieron el intento de salir del país en un delito. No es coincidencia. Es la lógica del sistema, que necesita que nadie pueda comparar ni escapar.

De aquí se sigue la consecuencia que más nos interesa para la tesis de este trabajo. En una economía donde ya todo está asignado por el plan, cualquier desviación individual, cambiar de empleo, producir por cuenta propia, comprar y vender, ahorrar, emigrar, se convierte en un atentado contra el plan y por lo tanto en un delito contra el Estado. No es un exceso de celo de algunos funcionarios: es una necesidad funcional del sistema. La URSS castigaba penalmente el parasitismo, que era no trabajar donde el Estado mandaba, y la especulación, que era simplemente comerciar. Los campesinos de los koljoses vivieron décadas sin pasaporte interno, atados a la tierra como siervos medievales. Para el ciudadano común no existía ninguna vía legal de mejorar su vida por mérito propio, porque mejorar por cuenta propia era, literalmente, ilegal. Todo lo que va contra el Estado está mal, porque el Estado es el plan y el plan lo es todo.

Por qué los peores se colocan a la cabeza

Uno de los capítulos más citados de Camino de servidumbre responde a una pregunta que mucha gente honesta se hace: ¿no podría la planificación funcionar si la dirigieran personas buenas? Hayek (1944/2011) demuestra que no, porque el sistema selecciona a los peores, y lo hace por tres razones que funcionan como leyes sociológicas. Primero, cuanto más educadas e inteligentes son las personas, más se diferencian sus gustos y opiniones, y más difícil es que coincidan en una misma escala de valores; por eso el grupo numeroso y homogéneo que un régimen necesita para imponer una visión única solo puede reclutarse en el nivel del mínimo común denominador. Segundo, el dictador en potencia necesita engrosar sus filas con los dóciles y los crédulos, los que no tienen convicciones propias firmes y aceptan cualquier sistema de

valores prefabricado si se les repite con suficiente fuerza y frecuencia. Y tercero, el más importante para esta tesis: parece casi una ley de la naturaleza humana que a la gente le resulta más fácil ponerse de acuerdo en un programa negativo, en el odio a un enemigo o en la envidia a los que están mejor, que en una tarea positiva (Hayek, 1944/2011).

Este tercer principio es, ni más ni menos, la anatomía de la radicalización. El contraste entre el nosotros y el ellos, la lucha contra los de afuera del grupo, es el ingrediente esencial que une a un movimiento de este tipo y le da su fuerza de choque. El marxismo lo trae incorporado de fábrica: la lucha de clases es exactamente eso, un programa de odio con apariencia de teoría científica. Por eso los movimientos inspirados en esta doctrina no producen ciudadanos que debaten sino militantes que combaten, gente convencida de que el vecino que prospera es un explotador, de que el que piensa distinto es un enemigo de clase y de que la violencia contra ellos no solo es aceptable sino históricamente necesaria. La radicalización no es un accidente lamentable del socialismo: es su método de reclutamiento.

El final de la verdad

El totalitarismo no se completa con el control de la economía y de la policía. Necesita el control de las mentes, y Hayek (1944/2011) dedicó a este punto un capítulo entero cuyo título lo dice todo: el final de la verdad. La manera más eficaz de conseguir que todos sirvan al sistema único de fines que impone el plan es lograr que todos crean en esos fines. No basta con obligar a la gente a trabajar para los objetivos del régimen: es esencial que la gente los adopte como propios. Para eso está la propaganda, y lo que la vuelve distinta en un Estado totalitario no es su técnica sino su monopolio: cuando todas las fuentes de información están bajo un solo mando, el propagandista puede moldear las mentes en la dirección que quiera, y ni siquiera las personas más inteligentes e independientes escapan del todo a esa influencia si permanecen aisladas de

cualquier otra fuente (Hayek, 1944/2011). Hayek recoge en ese capítulo una observación del historiador E. H. Carr que resume el proceso: la nacionalización del pensamiento avanza en todas partes al mismo paso que la nacionalización de la industria. Primero el Estado se queda con las fábricas, después se queda con las palabras. La décima medida del Manifiesto, la educación estatal de todos los niños, encuentra aquí su sentido completo: quien controla la escuela y los medios controla lo que la próxima generación va a considerar verdadero, posible y deseable.

La nueva clase: privilegio arriba, inmovilidad abajo

El comunismo prometió abolir las clases y creó la clase más cerrada y parasitaria de la historia moderna. Milovan Djilas (1957), que fue vicepresidente de la Yugoslavia comunista antes de convertirse en su disidente más famoso, demostró que la burocracia del partido forma una nueva clase que, sin ser dueña formal de los medios de producción, los controla, los administra y los disfruta en colectivo, con privilegios rigurosamente vedados al resto: tiendas especiales, hospitales reservados, casas de descanso, automóviles, acceso a moneda extranjera. La famosa nomenklatura soviética, el sistema de listas de cargos reservados al partido, convirtió el ascenso social en un monopolio político. No se prosperaba produciendo, innovando o sirviendo mejor a los demás, sino escalando en la jerarquía del partido a base de obediencia, delación y ortodoxia. Para el ciudadano común la movilidad social simplemente dejó de existir: el salario lo fijaba el plan, la vivienda la asignaba el Estado, la carrera dependía del expediente político, y cualquier intento de mejorar por cuenta propia era ilegal. El sistema no solo empobrecía. Prohibía activamente dejar de ser pobre por medios propios. La promesa de igualdad se cumplió de la única manera posible: igualando a todos en la escasez, bajo una casta que estaba exenta de ella.

El hombre nuevo: la fabricación de un pueblo sin identidad

Hannah Arendt (1951/2006) identificó lo que distingue al totalitarismo de las tiranías comunes: no le basta el monopolio del poder, exige el monopolio del ser humano. El régimen totalitario no quiere súbditos obedientes sino almas transformadas, el famoso hombre nuevo soviético, una pieza desinteresada de la maquinaria colectiva, sin lealtades privadas que compitan con su entrega al partido, ni familia, ni religión, ni comunidad. Para fabricarlo hacen falta todos los canales de formación de la conciencia: escuela única, prensa única, arte único, historia reescrita, vigilancia mutua y liturgia política obligatoria. El individuo que resulta de ese proceso no es un ciudadano sino un recurso. Existe para servir al régimen, producir para el régimen y, si hace falta, morir por el régimen. Arendt subrayó que la atomización es condición del sistema: la persona aislada de todo vínculo horizontal, sin identidad propia ni pertenencia que no pase por el Estado, es el material humano ideal del totalitarismo, porque un pueblo sin identidad no puede resistir. Pero un sistema que trata a su gente como maquinaria descubre tarde o temprano que las máquinas humanas se agotan. El ausentismo, el alcoholismo epidémico, la desidia laboral que los propios soviéticos resumían en la broma de que ellos fingían pagar y nosotros fingíamos trabajar, y el desplome demográfico de las sociedades comunistas tardías fueron la respuesta biológica de un pueblo exhausto al que se le había quitado toda razón personal para esforzarse. La perpetuidad del régimen era el único propósito que el sistema le dejaba a la gente, y con eso no alcanza para vivir.

Criterios de identificación del régimen comunista

Antes de presentar la evidencia histórica es necesario cerrar la puerta al equívoco más frecuente del debate, la afirmación de que tal o cual país "no era realmente comunista". Para que esa discusión no dependa de opiniones, este trabajo adopta una definición operativa construida a partir de los criterios clásicos del totalitarismo de Friedrich y Brzezinski (1965) y de la tipología

de regímenes de Linz (2000), combinados con la caracterización económica de Kornai (1992). Un régimen será tratado como comunista cuando reúna simultáneamente estos cinco elementos: primero, un partido único o hegemónico de inspiración marxista-leninista; segundo, la abolición o subordinación severa de la propiedad privada productiva; tercero, la planificación central de la economía; cuarto, el monopolio estatal de la información, la educación, la coerción y la organización política; y quinto, la represión de la oposición tratada como enemiga de clase, enemiga del pueblo o agente externo.

La ventaja de esta definición es doble. Por un lado, no depende de lo que el régimen diga de sí mismo ni de lo que sus simpatizantes o detractores opinen: los cinco criterios son verificables con evidencia documental. Por el otro, coincide con la autodefinition doctrinal, porque los cinco elementos corresponden punto por punto al programa del Manifiesto y a la dictadura del proletariado tal como la definió Lenin. La Tabla 1 aplica los criterios a los seis casos principales que examina este trabajo.

Tabla 1

Aplicación de los criterios operativos a los principales regímenes examinados

Criterio	URSS	China (Mao)	Camboya	Corea del Norte	Cuba	Vietnam (pre-1986)
Partido único marxista-leninista	Sí	Sí	Sí	Sí	Sí	Sí
Abolición o subordinación de la propiedad privada productiva	Sí	Sí	Sí (total)	Sí	Sí	Sí

Criterio	URSS	China (Mao)	Camboya	Corea del Norte	Cuba	Vietnam (pre-1986)
Planificación central de la economía	Sí	Sí	Sí	Sí	Sí	Sí
Monopolio de información, educación, coerción y organización	Sí	Sí	Sí	Sí	Sí	Sí
Represión de la oposición como enemiga de clase	Sí	Sí	Sí	Sí	Sí	Sí

Los seis casos cumplen los cinco criterios sin excepción, con la particularidad de que Camboya llevó el segundo criterio a su expresión absoluta al abolir incluso el dinero. Esa uniformidad es la que autoriza a hablar de un mismo sistema en escenarios distintos, y la que convierte la coincidencia de resultados en un patrón y no en una colección de accidentes. Cuando en la sección de contraargumentos se responda a la objeción del "verdadero comunismo", será esta tabla, y no ninguna preferencia ideológica, la que sostenga la respuesta.

La evidencia histórica: el precio humano del experimento

El balance de Courtois: un orden de magnitud que ninguna estimación salva

La teoría anticipó el desastre y la historia lo ejecutó. El balance de conjunto lo estableció el equipo de historiadores dirigido por Stéphane Courtois en El libro negro del comunismo, una obra elaborada en buena parte por antiguos militantes de izquierda a partir de los archivos abiertos tras la caída del bloque soviético. Su punto de partida metodológico es importante: no se ocuparon de los crímenes contra la cultura, con ser gravísimos, sino de los crímenes contra las personas, que constituyen la esencia del fenómeno del terror, y los clasificaron con la

nomenclatura común a todos los regímenes estudiados: ejecuciones por los medios más diversos, destrucción por hambre mediante hambrunas provocadas o no socorridas, y deportaciones con muerte en el transporte o en los lugares de trabajo forzado por agotamiento, enfermedad, hambre y frío (Courtois et al., 1998). El primer balance numérico que ofrecen, que los propios autores califican de aproximación mínima, es el siguiente: veinte millones de muertos en la URSS, sesenta y cinco millones en China, un millón en Vietnam, dos millones en Corea del Norte, dos millones en Camboya, un millón en Europa oriental, ciento cincuenta mil en América Latina, un millón setecientos mil en África, un millón y medio en Afganistán y una decena de millares atribuibles al movimiento comunista internacional fuera del poder. El total se acerca a los cien millones de muertos (Courtois et al., 1998, p. 18).

Conviene ser transparente con el estado de la discusión historiográfica, porque la honestidad metodológica fortalece el argumento en lugar de debilitarlo. La cifra agregada de Courtois ha sido discutida, y las estimaciones varían según el método y según qué muertes se atribuyen al sistema. Rummel (1994), con una metodología distinta y anterior a la apertura completa de los archivos, llegó a totales incluso mayores para lo que llamó democidio comunista. En el extremo opuesto, los estudios de archivo más conservadores redujeron algunas cifras parciales: Davies y Wheatcroft (2004) sitúan la hambruna soviética de 1932 y 1933 en torno a cinco millones y medio de muertos, por debajo de los siete millones de otras estimaciones, y Snyder (2010) documenta con criterios estrictos los territorios donde el terror estalinista y el nazi se superpusieron. El punto decisivo es que ninguna de estas revisiones altera la conclusión: aun usando las estimaciones más conservadoras disponibles, el saldo de los regímenes comunistas del siglo XX se mantiene en varias decenas de millones de seres humanos. La discusión académica versa sobre si fueron sesenta, ochenta o cien millones, no sobre si el

fenómeno existió ni sobre su orden de magnitud. Un margen de error que se mide en decenas de millones de vidas no es un atenuante: es la medida del desastre.

Courtois insiste en algo que conviene subrayar porque desarma de entrada la excusa favorita de los defensores de la doctrina. Los regímenes comunistas no cometieron crímenes sueltos ni matanzas circunstanciales: para asentarse en el poder erigieron "el crimen en masa en un verdadero sistema de gobierno" (Courtois et al., 1998, p. 16). Los archivos y los testimonios muestran que el terror fue desde el origen una de las dimensiones fundamentales del comunismo moderno, no un accidente de tal país o de tal época. Hay que abandonar la idea de que un fusilamiento de rehenes aquí o una hambruna campesina allá fueron episodios coyunturales: la dimensión criminal es una propiedad del conjunto del sistema durante todo su período de existencia (Courtois et al., 1998). Incluso cuando el terror agudo se atenuó, después de la muerte de Stalin en la URSS y de la de Mao en China, los regímenes se estabilizaron administrando la represión cotidiana mediante la censura de todos los medios, el control de las fronteras y la expulsión de disidentes, mientras la memoria del terror pasado seguía garantizando la eficacia de la amenaza. Y ninguna de las experiencias comunistas que en algún momento fueron populares en Occidente escapó a esa ley: ni la China de Mao, ni la Corea de Kim Il Sung, ni el Vietnam de Ho Chi Minh, ni la Cuba de Fidel Castro con el Che Guevara al lado (Courtois et al., 1998). El libro documenta además un detalle temprano y revelador: ya en 1918 uno de los primeros jefes de la Cheka, la policía política soviética, dio a sus subordinados la directriz de exterminar a la burguesía como clase, indicando que no hacía falta probar que el acusado hubiera hecho nada, bastaba con establecer a qué clase pertenecía, cuál era su origen, su educación y su profesión (Courtois et al., 1998). Matar por lo que la persona es y no por lo que hizo: esa es la definición operativa del genocidio de clase, y estaba en marcha al año siguiente de la revolución.

La Unión Soviética: hambre planificada y terror contable

El primer Estado marxista aplicó el programa con fidelidad ejemplar y los resultados llegaron de inmediato. El comunismo de guerra, que consistió en requisar por la fuerza el grano campesino y abolir el comercio, provocó la hambruna de 1921 y 1922, con millones de muertos. La colectivización forzosa que Stalin ordenó desde 1929 fue directamente una guerra del Estado contra su propio campesinado: los campesinos prósperos, los llamados kulaks, fueron expropiados, deportados o fusilados como clase, y los demás quedaron encerrados en granjas colectivas de las que el Estado extraía cuotas imposibles de grano. El resultado fue la gran hambruna de 1932 y 1933, que mató a entre cinco millones y medio y siete millones de personas según el rango de las estimaciones de archivo, de ellas la mayor parte en Ucrania, donde el hambre se usó deliberadamente como arma para quebrar la resistencia nacional y campesina: se confiscó hasta la última semilla, se bloquearon las aldeas hambrientas y se prohibió a los campesinos huir a las ciudades (Conquest, 1986; Applebaum, 2017; Davies y Wheatcroft, 2004). La llamada ley de las espigas de 1932 condenaba a diez años de campo, o al fusilamiento, a quien recogiera espigas sueltas en campos ya cosechados. El Estado prefería que el grano se pudriera bajo custodia armada antes que alimentara a quien lo había cultivado. Me cuesta imaginar una imagen que resuma mejor el sistema: la propiedad estatal defendida a tiros contra el pueblo hambriento en cuyo nombre se gobernaba.

Al hambre le siguió el terror en su forma más pura. El Gran Terror de 1936 a 1938 fusiló a unas 750.000 personas en dos años y mandó al Gulag a cientos de miles más, con cuotas numéricas de arrestos y ejecuciones asignadas por región, como si fueran metas de producción de cualquier otra rama del plan (Conquest, 1968/2008). El sistema de campos de trabajo forzado, el Archipiélago Gulag que Solzhenitsyn (1973/2002) dio a conocer al mundo y que Applebaum

(2003) reconstruyó con los archivos, procesó a unos dieciocho millones de personas entre 1929 y 1953, usadas como mano de obra esclava en minas, bosques y grandes obras. El trabajo esclavo no fue un exceso del sistema: fue un sector planificado de su economía. Después de Stalin el régimen se volvió menos sanguinario pero no menos asfixiante. La era de Brézhnev consagró el estancamiento, con crecimiento nulo, tecnología obsoleta, colas y racionamiento perpetuos y psiquiatría punitiva para los disidentes, hasta que el sistema, incapaz de alimentarse a sí mismo e importando grano de las democracias capitalistas que decía superar, se vino abajo en 1991 sin que nadie saliera a defenderlo (Pipes, 2001). Ahí estaba, cumplida al pie de la letra, la profecía del destruccionismo de Mises: setenta años consumiendo capital hasta que no quedó nada que consumir.

China: el Gran Salto al abismo

La República Popular China repitió el ciclo a una escala todavía mayor. El Gran Salto Adelante, el intento de Mao entre 1958 y 1962 de llegar al comunismo pleno mediante comunas populares y una industrialización forzada, produjo la mayor hambruna de la historia humana: al menos cuarenta y cinco millones de muertos, según la investigación de Dikötter (2010) en los propios archivos del Partido Comunista Chino, una cifra coherente con la reconstrucción independiente del periodista chino Yang Jisheng (2012), quien perdió a su propio padre en la hambruna y dedicó décadas a documentarla desde dentro. Los mecanismos fueron idénticos a los soviéticos porque el sistema era idéntico. Cuotas de entrega delirantes fijadas por cuadros que competían en fervor ideológico, estadísticas falsificadas en cadena para complacer al poder, requisición del grano hasta la última reserva, abolición de la cocina familiar, con las ollas fundidas en los ridículos altos hornos de traspatio, y castigo brutal de cualquier queja como sabotaje derechista. Mientras decenas de millones morían, China exportaba grano para pagar

prestigio revolucionario. Dikötter documenta que entre dos y tres millones de esas víctimas no murieron de hambre sino de violencia directa, torturadas o ejecutadas por robar comida o porque sus cuerpos agotados ya no podían trabajar. Apenas el país se recuperó, Mao lanzó la Revolución Cultural, una década de fanatismo organizado que destruyó la educación, el patrimonio y millones de vidas más, con el objetivo declarado de arrancar todo residuo de pensamiento viejo y fabricar, otra vez, al hombre nuevo mediante la humillación pública, la delación dentro de las familias y la reeducación por el trabajo (MacFarquhar y Schoenhals, 2006). La Revolución Cultural es, además, el mejor ejemplo histórico de radicalización inducida desde el poder: millones de adolescentes convertidos en guardias rojos, entrenados para odiar, denunciar a sus maestros y golpear a sus propios padres en nombre de la pureza ideológica. Eso es lo que esta forma de pensar hace con la gente cuando se le da rienda suelta. El contraste con lo que vino después de Mao, que se analiza en detalle en la sección sobre la paradoja de la supervivencia, convierte a China en el experimento más limpio de todos: mismo país, mismo partido, mismo pueblo, y resultados opuestos según la dosis de mercado.

Vietnam, Camboya y Corea del Norte: el mismo patrón en tres escenarios

Vietnam confirmó que el patrón no dependía de la geografía ni de la cultura. Tras la reunificación de 1975, el gobierno de Hanói impuso al sur la colectivización agraria, la nacionalización del comercio y la transformación socialista de la industria. El resultado fue inmediato: desplome de la producción de arroz en el delta del Mekong, que hasta entonces exportaba, racionamiento, una inflación que superó el 700% a mediados de los ochenta, hambre en un país fértil, campos de reeducación para cientos de miles de personas y el éxodo desesperado de más de un millón de balseros que prefirieron el mar y los piratas antes que el

socialismo real (Kolko, 1997). Para 1986 Vietnam, que había ganado la guerra, estaba derrotado por su propia economía y dependía del subsidio soviético para no morir de inanición.

Camboya no debe leerse como un caso extremo aislado ni como una locura local sin conexión con la doctrina: fue la aplicación radical del programa agrario-totalitario, ejecutada por marxistas formados en París que conocían perfectamente los textos. Los Jemeres Rojos de Pol Pot evacuaron las ciudades en 1975 y abolieron de golpe el dinero, los mercados, la propiedad, la escuela, la religión y la familia, convirtiendo el país entero en una comuna agraria esclavista. En menos de cuatro años murió aproximadamente la cuarta parte de la población, entre un millón y medio y dos millones de personas, por ejecución, hambre y trabajo forzado (Kiernan, 1996/2002; Courtois et al., 1998). Camboya funciona como el experimento de control de toda esta discusión: muestra qué pasa cuando el programa comunista se aplica completo, sin gradualismo ni concesiones. No es la desviación del modelo. Es el modelo sin frenos.

Corea del Norte exhibe el estado terminal del sistema. Su economía de planificación total, organizada alrededor de la ideología Juche y del racionamiento estatal integral, colapsó cuando desapareció el subsidio soviético. La hambruna de 1995 a 1998 mató a entre 600.000 y un millón de personas, y hay estimaciones mayores, en un país que dedicaba sus recursos al ejército y al culto del líder mientras la gente comía corteza de árbol (Natsios, 2001; Haggard y Noland, 2007). Haggard y Noland documentan el detalle más revelador: el régimen restringió y manipuló la ayuda humanitaria internacional para alimentar primero al ejército y a las regiones leales, usando el hambre, una vez más, como herramienta de control político. Hoy Corea del Norte sobrevive como un museo viviente del comunismo íntegro: vigilancia total, castigo familiar por tres generaciones, campos de concentración, y cero movilidad social gracias al sistema songbun de castas hereditarias por lealtad política, que decide desde la cuna quién

estudia, dónde vive y qué come cada persona (Lankov, 2013). Y el diagnóstico no es una impresión del pasado sino un dato del presente: en su informe más reciente, Freedom House (2026c) clasifica a Corea del Norte como país No Libre con una puntuación de 3 sobre 100, una de las más bajas del planeta, lo que prueba que el modelo no solo fracasó económicamente, sino que conserva intacto el control político extremo. Es exactamente el mundo que describimos en la parte teórica: un pueblo sin identidad, cuya única función asignada es sostener la perpetuidad del régimen.

Cuba: el racionamiento como forma de vida

Cuba merece una mención aparte por su longevidad y por su cercanía con América Latina. Seis décadas de socialismo de Estado han producido una economía incapaz de alimentar a su población sin importaciones masivas, una libreta de racionamiento vigente desde 1962 que fue presentada como transitoria, salarios estatales de subsistencia, un éxodo que no se detiene y la criminalización histórica de la iniciativa privada, perseguida en las ofensivas revolucionarias que llegaron a confiscar hasta los puestos de comida callejera (Mesa-Lago y Pérez-López, 2013). Cuando cayó la URSS, el llamado Período Especial hundió a la isla en una escasez de alimentos con consecuencias epidemiológicas medibles. El régimen sobrevivió, como se verá más adelante, con la única medicina que le funciona a todos los de su especie: dosis controladas de capitalismo.

El contraargumento habitual en el caso cubano es el embargo estadounidense, y merece una respuesta específica en lugar de una evasiva. El embargo existe, encarece las transacciones de la isla y explica una parte de sus costos externos; negarlo sería tan poco serio como lo que aquí se critica. Pero el embargo no explica el partido único, ni la censura de toda la prensa, ni la prohibición histórica de la empresa privada, ni la libreta de racionamiento, ni la persecución de los disidentes: todas esas son decisiones internas del régimen que ningún factor externo impone,

y que Cuba comparte con regímenes comunistas que jamás sufrieron embargo alguno. Además, Cuba comercia con el resto del mundo, de Europa a China y América Latina, de modo que la restricción estadounidense no equivale a un aislamiento total. El dato político actual confirma que el problema es interno: Freedom House (2026b) clasifica a Cuba como país No Libre con 9 puntos sobre 100, describiéndola como un Estado comunista de partido único que prohíbe el pluralismo político, veta la prensa independiente y restringe severamente las libertades básicas. El embargo podrá discutirse como política exterior; el totalitarismo interno es responsabilidad exclusiva de quien lo administra.

Los experimentos naturales: dos Alemanias y dos Coreas

La ciencia social rara vez dispone de experimentos controlados, pero el siglo XX produjo dos casos que se les acercan tanto como la historia lo permite, y ambos apuntan en la misma dirección. El primero es Alemania. En 1945 un mismo pueblo, con el mismo idioma, la misma cultura, el mismo nivel tecnológico y la misma devastación de guerra, fue dividido en dos sistemas: economía social de mercado en el oeste, planificación socialista de partido único en el este. Cuatro décadas después el resultado no admitía discusión: según la serie histórica del Proyecto Maddison recogida por Our World in Data, el producto por habitante de Alemania Occidental prácticamente duplicaba al de Alemania Oriental hacia 1989, y la diferencia venía ampliándose década tras década (Our World in Data, s. f.). La brecha no se explicaba por cultura, religión, clima ni carácter nacional, porque todo eso era idéntico a ambos lados del muro. La única variable que cambiaba era el sistema económico y político. Y el veredicto más elocuente no lo dieron las estadísticas sino los pies: el muro de Berlín no se construyó para impedir que los alemanes occidentales entraran al paraíso socialista, sino para impedir que los orientales huyeran de él.

El segundo experimento es todavía más extremo. La península de Corea fue dividida en 1945 entre un norte que aplicó el modelo soviético completo y un sur que, tras décadas difíciles, consolidó una economía de mercado abierta al comercio mundial. El punto de partida favorecía incluso al norte, que concentraba la industria pesada del período colonial. Hoy la brecha de ingreso por habitante entre las dos Coreas se estima en más de veinte veces a favor del sur, la esperanza de vida difiere en alrededor de una década, y mientras Corea del Sur se convirtió en potencia tecnológica y cultural global, Corea del Norte padeció en los años noventa una hambruna que mató a cientos de miles de personas (Lankov, 2013; Haggard y Noland, 2007). Misma península, mismo pueblo, mismo punto de partida histórico: la diferencia de resultados es la medida exacta de la diferencia entre los dos sistemas. Frente a estos dos experimentos naturales, el argumento de que los fracasos del comunismo se deben a circunstancias externas pierde su último refugio, porque en ambos casos la mitad capitalista enfrentó las mismas circunstancias y produjo el resultado opuesto.

Venezuela: el caso complementario del socialismo del siglo XXI

Venezuela no es un régimen comunista pleno según los criterios operativos de este trabajo, y presentarla como tal sería impreciso: mantuvo elecciones formales durante años, nunca abolió por completo la propiedad privada y conservó un sector privado residual. Precisamente por eso funciona como caso complementario y no como caso central: muestra qué produce la aplicación parcial del mismo programa, el llamado socialismo del siglo XXI, con estatizaciones masivas, controles de precios y de cambios, expropiaciones y deterioro deliberado de los contrapesos institucionales. El resultado siguió la dirección que la teoría predice: escasez crónica de bienes básicos, hiperinflación, colapso de la producción petrolera estatizada, el mayor éxodo migratorio del hemisferio y una regresión política continua que Freedom House ha documentado

año tras año, con el país descendiendo de la categoría de Libre a Parcialmente Libre y finalmente a No Libre (Freedom House, 2026a; Corrales y Penfold, 2011). Los datos económicos del período deben manejarse con cautela por las limitaciones estadísticas oficiales, como advierte el propio Banco Mundial en su serie del país (Banco Mundial, s. f.), pero la magnitud del colapso, una contracción del producto de alrededor de tres cuartas partes en menos de una década, no está en disputa seria. Venezuela demuestra que ni siquiera hace falta llegar al partido único y a la abolición total de la propiedad para que la lógica de la planificación y la expropiación produzca su resultado característico. Basta con avanzar lo suficiente en esa dirección.

El socialismo como fase instrumental: la estrategia de la habituación

El gradualismo como táctica

Ya quedó establecido en la parte doctrinal que el socialismo es la fase inferior del comunismo según sus propios fundadores (Marx, 1875/1977; Lenin, 1917/1997). Corresponde ahora analizar su función estratégica. El comunismo explícito, con su abolición de la propiedad, su dictadura del proletariado y su expropiación general, genera rechazo inmediato en cualquier población que conozca sus resultados. El socialismo cumple entonces la función de versión de prueba. Presenta el avance del Estado sobre la sociedad en dosis asimilables, una nacionalización aquí, un control de precios allá, una nueva oficina reguladora más adelante, cada una defendible por separado en nombre de la justicia social, de manera que la gente se acostumbre al control creciente sin percibir hacia dónde apunta el conjunto. Hayek (1944/2011) advirtió ya en 1944 que las democracias occidentales estaban recorriendo, con la mejor de las intenciones, el mismo camino que Alemania y Rusia habían recorrido antes: cada intervención fracasada engendra la siguiente intervención para corregirla, y el proceso acumulativo desemboca en el poder total sin

que ninguna decisión individual haya parecido totalitaria. El socialismo es al comunismo lo que la rampa a la cima. Su pendiente suave no es una virtud: es su función.

Y justamente porque es el medio y no el fin, el socialismo tiene que adaptarse para agradar. Esa necesidad explica su asombrosa plasticidad. Se deforma, se corrompe, se divide y se rebautiza sin descanso, socialismo democrático, socialismo del siglo XXI, progresismo, ecosocialismo, y cada rama acusa a las otras de traición, pero todas conservan intacto el núcleo que las define: transferir poder de la sociedad al Estado y sustituir la cooperación voluntaria por la dirección política. Kolakowski (1976/1980), el gran historiador del marxismo y él mismo un exmarxista, mostró cómo cada fracaso del sistema fue digerido por la doctrina mediante una rama nueva que prometía que esta vez sería distinto, sin abandonar nunca la meta de la sociedad dirigida. Mises (1922/2007) había explicado el fenómeno de fondo medio siglo antes: la ideología socialista no vive solo en los partidos que llevan su nombre, impregna el ambiente intelectual entero, incluso a sus adversarios, y por eso puede mutar indefinidamente de etiqueta sin perder terreno. Las ramas compiten entre sí, pero todas desembocan en el mismo mar: la concentración del poder económico y político, que es la condición estructural de la dictadura aunque la palabra se evite.

La mutación del sujeto revolucionario: de la clase obrera a las identidades políticas

Cuando la profecía económica falló, porque el proletariado occidental no se empobreció sino que prosperó y no hizo ninguna revolución, el movimiento no revisó la doctrina: cambió de sujeto revolucionario, y esa mutación puede documentarse paso a paso en sus propios teóricos. El primer desplazamiento lo formuló Gramsci (1975) desde la cárcel: si el asalto frontal al poder fracasa en las sociedades occidentales, la conquista debe ser cultural, una guerra de posiciones para ocupar pacientemente las instituciones que fabrican el sentido común, la escuela, la prensa,

el arte, las iglesias, hasta lograr la hegemonía. El segundo desplazamiento lo ejecutó la Escuela de Frankfurt, que trasladó el análisis de la explotación económica a la opresión cultural y psicológica. El tercero lo enunció Marcuse (1964/1993) sin rodeos: agotado el obrero como sujeto revolucionario, los nuevos portadores de la revolución serían las minorías, los marginados y los estudiantes. Y el cuarto lo teorizaron Laclau y Mouffe (1985/2004), que abandonaron abiertamente la centralidad de la clase y propusieron articular en una sola cadena de equivalencias las demandas de los movimientos identitarios más diversos bajo una hegemonía política común. La secuencia completa, proletariado, estudiantes, minorías, movimientos culturales, hegemonía institucional, no es una conjetura de los críticos: es el itinerario que los propios teóricos del marxismo occidental escribieron y publicaron.

Esta mutación explica algo que cualquiera puede observar hoy: el desplazamiento sistemático del discurso socialista hacia luchas sociales y culturales legítimas, étnicas, de género, ambientales, indígenas, que no le pertenecen doctrinalmente y que no lo necesitan para prosperar. La operación cumple una doble función estratégica. Por un lado, le da al proyecto causas simpáticas que lo humanizan y desactivan el rechazo, porque cuesta oponerse a quien dice defender a los débiles. Por el otro, fragmenta a la sociedad en colectivos agraviados cuya reparación siempre exige, casualmente, más Estado, más tutela y más poder para los administradores del agravio.

Aquí vuelve a aparecer el mecanismo de radicalización que describimos con Hayek. La política de la identidad agraviada funciona con la misma lógica del nosotros contra ellos que la lucha de clases, solo que multiplicada: cada colectivo recibe su enemigo designado, su relato de opresión y su lista de deudores. El resultado no es una sociedad más justa sino una sociedad más enojada, donde el vecino dejó de ser un conciudadano y pasó a ser un opresor o un privilegiado,

y donde el diálogo se reemplaza por la denuncia. Aron (1955/2011) y Revel (2000) documentaron el papel de los intelectuales en esta operación: el opio de los intelectuales consistió en perdonarle al socialismo, en nombre de sus intenciones, los crímenes que jamás le habrían perdonado a nadie más, y en reciclar la esperanza revolucionaria en cada causa nueva que apareciera disponible. Así el proyecto se mantiene vivo, no porque haya respondido a sus refutaciones, sino porque cambia de disfraz más rápido de lo que la memoria pública procesa sus fracasos.

El apoyo a la vía armada: la revolución subsidiada

Cuando la habituación gradual resultó demasiado lenta, el movimiento comunista internacional no dudó en financiar el atajo violento, y esto no es una especulación sino un hecho de archivo. Desde 1919 la Internacional Comunista fue creada por Moscú explícitamente para organizar, financiar y dirigir partidos revolucionarios en todo el mundo, subordinados a la URSS mediante las veintiuna condiciones de admisión (Pipes, 2001). Los archivos del KGB que el desertor Vasili Mitrokhin sacó de Rusia, analizados por el historiador Christopher Andrew, documentan medio siglo de dinero, entrenamiento y armas soviéticas para guerrillas, insurgencias y organizaciones terroristas en América Latina, África, Asia y Medio Oriente, usadas como instrumentos de expansión del bloque socialista (Andrew y Mitrokhin, 2005). En América Latina, el aparato cubano institucionalizó la exportación de la lucha armada, con entrenamiento, logística y doctrina para guerrillas en decenas de países, bajo la consigna guevarista de crear muchos Vietnam. El propio Libro negro incluye en su balance las decenas de miles de víctimas del movimiento comunista internacional y de los partidos comunistas que nunca llegaron al poder (Courtois et al., 1998), un recordatorio de que la cuenta de esta ideología no se limita a los países que gobernó. La lógica estratégica es transparente. Los movimientos

armados hacen de ariete que desestabiliza el orden existente, mientras el socialismo político pone la cara presentable que capitaliza la crisis. Son dos órganos del mismo cuerpo, y ambos trabajan para el mismo resultado: que el comunismo, por contraste o por desgaste, termine no pareciendo tan descabellado. Y en el camino, una generación entera de jóvenes idealistas termina convertida en combatientes de causas que los usan como carne de cañón. Esa es la cara más triste de la radicalización: la doctrina no solo mata a sus enemigos, también consume a sus propios creyentes.

La paradoja de la supervivencia: capitalismo Rojo

Queda una prueba empírica final, elegante por su simetría. Los regímenes comunistas que colapsaron fueron los que se mantuvieron fieles a la doctrina, y los que lograron sobrevivir económicamente lo hicieron mediante liberalizaciones parciales que reintrodujeron precios, propiedad privada limitada, inversión extranjera o comercio, es decir, exactamente aquello que su doctrina prometía superar. El patrón se repite en cada caso examinado, y esa recurrencia le da al argumento un peso que ninguna excepción documentada contradice.

El primero en descubrirlo fue el propio Lenin. Ante el colapso total del comunismo de guerra y las rebeliones campesinas y obreras de 1921, Lenin decretó la Nueva Política Económica: restauración del comercio privado, del campesino independiente y de la pequeña empresa. La agricultura y el comercio revivieron de inmediato y la cosecha se recuperó en pocos años, demostrando, a solo tres años del experimento, que el sistema únicamente respiraba cuando se le inyectaba mercado (Pipes, 2001). Stalin liquidó la NEP en 1929 para volver a la pureza doctrinal, y el precio fueron los 8 millones de muertos del Holodomor de la colectivización.

El caso chino es la demostración a escala de civilización. Muerto Mao, Deng Xiaoping dismanteló en silencio el corazón del sistema: disolvió las comunas populares y devolvió la

agricultura a las familias, abrió zonas económicas especiales al capital extranjero, permitió la empresa privada y los precios de mercado, y con el tiempo la propiedad privada terminó reconocida en la constitución. Coase y Wang (2012) documentaron el detalle más sabroso de toda esta historia: las reformas más transformadoras no las diseñó el partido, las iniciaron ilegalmente desde abajo campesinos como los de la aldea de Xiaogang, que se repartieron la tierra en secreto jugándose la cárcel y multiplicaron la cosecha en un año, hasta que el Estado tuvo que convalidar lo que ya no podía negar. El resultado es el mayor episodio de reducción de pobreza de la historia: alrededor de 800 millones de personas salieron de la pobreza extrema desde el inicio de las reformas de 1978, según el balance del propio Banco Mundial (2022). Entre la hambruna de Mao y el crecimiento de Deng no cambió ni la geografía, ni la cultura, ni el pueblo chino. Cambió una sola variable: la dosis de capitalismo.

Conviene formular con precisión lo que la China actual demuestra, porque a primera vista parece una contradicción y no lo es. China mantiene el monopolio político comunista, pero su dinamismo económico proviene de mecanismos de mercado que contradicen la doctrina original. Las dos mitades del fenómeno están documentadas por separado: el crecimiento vino con la apertura, la propiedad parcial, los precios y la inversión, no con el maoísmo (Banco Mundial, 2022; Coase y Wang, 2012), mientras que el cierre político permanece intacto, como registra Freedom House (2026a), que clasifica a China como país No Libre con 9 puntos sobre 100. El Partido Comunista Chino gobierna hoy, con el monopolio político completo, una economía cuyo dinamismo sale del sector que su doctrina manda abolir. Sobrevive como partido comunista administrando capitalismo, y esa separación entre liberalización económica parcial y clausura política total es, en sí misma, la confirmación de las dos mitades de la tesis de este trabajo.

Vietnam repitió la secuencia con precisión de laboratorio. En 1986, al borde de la hambruna y la bancarrota, el sexto congreso del Partido Comunista lanzó el Doi Moi, la renovación: descolectivización agraria, legalización de la empresa privada, apertura al comercio y a la inversión extranjera. En pocos años el país que racionaba el arroz se convirtió en uno de los mayores exportadores mundiales de arroz, y en tres décadas la pobreza cayó de más de la mitad de la población a cifras de un dígito (Banco Mundial, 2016). El propio Banco Mundial (2022b) midió el tramo más reciente de esa trayectoria: en la década anterior a 2022, la pobreza bajo la línea de ingreso medio-bajo cayó del 16,8% al 5% de la población, con más de diez millones de personas saliendo de la pobreza. Cuba ensaya la misma retirada en cámara lenta: turismo con capital extranjero, dolarización parcial, remesas de la diáspora que huyó del sistema, y la legalización en 2021 de las pequeñas y medianas empresas privadas, concesiones que el colapso le arrancó a un régimen que persiguió durante décadas cada una de esas actividades (Mesa-Lago y Pérez-López, 2013).

La conclusión no admite vuelta. El comunismo no puede presentar en su defensa ni un solo caso de prosperidad propia, pero el expediente registra cuatro confesiones de parte, la NEP, las reformas de Deng, el Doi Moi y el cuentapropismo cubano, en las que el sistema, para no extinguirse y morir, tuvo que comprarle oxígeno a su enemigo declarado. Es exactamente lo que Mises (1922/2007) había anticipado con su teoría del destruccinismo: un sistema que solo consume y no crea puede durar mientras quede capital ajeno que devorar, y cuando se le acaba, solo tiene dos salidas, el colapso o el mercado. Un modelo cuya única terapia de supervivencia documentada es la aplicación de su antítesis está, en cualquier ciencia seria, refutado.

Contraargumentos y réplica

El rigor académico obliga a considerar las defensas habituales del socialismo y del comunismo, que en el fondo son cuatro.

La primera dice que eso no era verdadero comunismo, que la URSS, China, Camboya o Corea del Norte fueron desviaciones o traiciones del ideal. La réplica tiene ahora tres partes, y la primera es la definición operativa establecida en este trabajo: los seis regímenes examinados cumplen simultáneamente los cinco criterios verificables del régimen comunista, partido único marxista-leninista, abolición de la propiedad productiva, planificación central, monopolio de la información y la coerción, y represión de la oposición como enemiga de clase, de modo que negarles el nombre exige negar la evidencia documental, no discutir opiniones. En el plano empírico, el argumento choca además con el problema de la repetición: decenas de intentos, en culturas, continentes, épocas y liderazgos distintos, produjeron la misma tríada de escasez, dictadura y terror, y cuando todos los experimentos disponibles de una teoría arrojan el mismo resultado, el problema no son los experimentadores sino la teoría (Kornai, 1992). Courtois responde a esta defensa con una cita del escritor Ignazio Silone que me parece definitiva: las revoluciones, como los árboles, se reconocen por sus frutos, y no fue casualidad que los bolcheviques decidieran en 1917 llamarse precisamente comunistas, ni que levantaran junto al Kremlin un monumento a los utopistas que consideraban sus precursores (Courtois et al., 1998). Y en el plano lógico, el argumento es circular: define el verdadero comunismo por sus resultados imaginarios, de modo que ningún hecho pueda refutarlo jamás, que es exactamente la marca de la pseudociencia según Popper (1945/2010). Conviene recordar, por último, que Lenin, Mao, Ho Chi Minh y Pol Pot no eran aficionados que malinterpretaron los textos: eran marxistas doctos que aplicaron el programa del Manifiesto con notable fidelidad, expropiación, banca única estatal, trabajo obligatorio, educación estatal única. El desastre histórico no puede separarse del

diseño institucional que lo produjo: abolición de la propiedad privada, partido único, planificación central y represión del disenso.

La segunda defensa señala los logros sociales de estos regímenes: alfabetización, medicina, igualdad. La réplica es que esos logros, donde fueron reales, se consiguieron a un costo humano inaceptable y no tienen nada de extraordinario: prácticamente todos los países alfabetizaron y extendieron la salud pública durante el siglo XX, y los que lo hicieron en libertad, Corea del Sur frente a Corea del Norte, Alemania Federal frente a la Democrática, lograron resultados muy superiores sin fusilamientos ni balseros, como muestran los dos experimentos naturales analizados en la sección histórica. Sen (1999) aportó además el dato que cierra la discusión: ninguna hambruna importante ha ocurrido jamás en una democracia con prensa libre, y todas las grandes hambrunas del siglo XX ocurrieron bajo regímenes que suprimieron la información y la oposición, con los comunistas encabezando la lista. La libertad no es un lujo que compite con el pan. Es la condición institucional que garantiza que haya pan.

La tercera defensa replica que el capitalismo también ha matado, y conviene responderla de frente en lugar de esquivarla. La respuesta es que el punto de este trabajo no es comparar todos los crímenes de la historia ni absolver a ningún sistema de los suyos, sino establecer si un diseño institucional específico, la abolición de la propiedad más la planificación central más el partido único, genera coerción estructural por sí mismo. La evidencia muestra que sí: el terror comunista no fue un abuso dentro del sistema sino el sistema mismo, erigido en método de gobierno desde el primer año (Courtois et al., 1998). Los crímenes cometidos en países capitalistas, que existen y deben juzgarse con la misma severidad, fueron violaciones de las reglas de esos sistemas, perseguibles con sus propias instituciones, prensa libre, tribunales independientes, alternancia política; los del comunismo fueron la aplicación de las reglas. Y el

criterio de Sen (1999) vuelve a ser decisivo: lo que previene las catástrofes masivas no es la etiqueta del sistema sino la existencia de democracia, prensa libre y rendición de cuentas, exactamente las instituciones que el diseño comunista elimina por definición. Desviar la discusión hacia una contabilidad universal de agravios es cambiar de tema; la pregunta era si el programa produce el desastre, y la respuesta documentada es que sí.

La cuarta defensa invoca a los países nórdicos como socialismo exitoso, y descansa en un error de conceptos que conviene desmontar con precisión: la referencia a los países nórdicos es conceptualmente engañosa cuando se confunde el Estado de bienestar capitalista con la planificación socialista. Suecia, Dinamarca o Noruega son economías capitalistas de mercado, con propiedad privada robusta, libre empresa, libre comercio, mercados laborales competitivos, grandes empresas privadas globales y algunos de los índices de libertad económica más altos del mundo, que financian Estados de bienestar amplios con la riqueza que ese capitalismo genera. No hay en ellas planificación central, ni partido único, ni abolición de la propiedad (Sanandaji, 2015). El propio primer ministro danés tuvo que aclararlo en público en 2015: Dinamarca es una economía de mercado, no una economía planificada. Confundir la socialdemocracia redistributiva, que es una variante del capitalismo, con el socialismo marxista es justamente el tipo de ambigüedad de palabras que la fase instrumental necesita para avanzar, y es la razón por la que este trabajo distinguió desde el inicio los tres niveles del debate.

Conclusiones

Este trabajo sostuvo, con base en la doctrina, en la teoría económica y en la historia, tres proposiciones que a esta altura se pueden reafirmar con tranquilidad, y que conviene cerrar con la fórmula causal que las une: doctrina, institución, incentivo, resultado. La doctrina ordena abolir la propiedad y concentrar el poder; esa orden crea instituciones concretas, el partido único,

el plan central, la policía política, el monopolio educativo e informativo; esas instituciones generan incentivos precisos, obedecer antes que producir, delatar antes que confiar, simular antes que crear; y esos incentivos producen el resultado histórico documentado, escasez, terror y estancamiento. Cada eslabón de la cadena está probado en este trabajo, y por eso el patrón no depende de un líder aislado ni de un accidente geográfico: depende de una estructura.

La primera proposición es que el comunismo exige la dictadura total por diseño y no por accidente. Su programa fundacional ordena abolir la propiedad, centralizar la economía, obligar a trabajar, castigar patrimonialmente al disidente y monopolizar la educación (Marx y Engels, 1848/1948). Su régimen de transición se define como un poder sin límite legal (Lenin, 1917/1997). Y su puesta en práctica requiere, como demostraron Mises (1922/2007) y Hayek (1944/2011, 1945), un aparato planificador que, al carecer de precios y de conocimiento, solo puede gobernar con coerción creciente, convirtiéndose sin remedio en un superestado lento, burocrático, ineficiente y corrupto, administrado por una nueva clase privilegiada (Djilas, 1957), bajo el cual la persona común pierde toda vía legal de mejorar su vida, porque toda iniciativa propia atenta contra el plan y todo lo que atenta contra el plan atenta contra el Estado. El resultado humano es el que la teoría buscaba y la historia entregó: un pueblo sin identidad ni esfera propia, alienado precisamente por el régimen que prometió liberarlo de la alienación, reducido a servir como maquinaria de la perpetuidad del sistema, hasta que esa maquinaria humana, agotada, hambrienta y muerta de frío, dejó de funcionar en cada uno de los casos examinados.

La segunda proposición es que el socialismo, dentro de la tradición marxista-leninista, no es una alternativa moderada sino la fase inferior del comunismo según la definición de sus propios fundadores, y que su papel histórico ha sido instrumental: acostumbrar a la población al

poder estatal creciente, presentar el proyecto con rostros amables, desplazar el sujeto revolucionario desde la clase obrera hacia las identidades políticas como vehículos de legitimación y, cuando el gradualismo no alcanzó, financiar la vía armada, como consta en los archivos del propio bloque soviético (Andrew y Mitrokhin, 2005). Su plasticidad, sus divisiones y sus rebautizos permanentes no son señales de diversidad genuina sino requisitos de una función: lograr que el comunismo no parezca tan mal. Y en el trayecto deja su daño propio, que es la radicalización. Una doctrina construida sobre la lucha de clases, sobre el odio al enemigo y sobre la envidia organizada no puede producir ciudadanos que conviven: produce militantes que combaten, sociedades partidas en bandos irreconciliables y jóvenes convencidos de que la violencia es un instrumento legítimo de la historia. Esa no es la forma correcta de gobernar ni de pensar, y las decenas de millones de muertos que ninguna estimación historiográfica logra rebajar (Courtois et al., 1998; Rummel, 1994; Davies y Wheatcroft, 2004) son el recordatorio permanente de adónde conduce.

La tercera proposición es que la evidencia comparada disponible apunta de forma consistente en las dos direcciones. Los principales regímenes comunistas de partido único examinados produjeron escasez, represión y estancamiento en cada uno de sus escenarios, con los dos experimentos naturales del siglo, las dos Alemanias y las dos Coreas, como prueba de que la variable decisiva era el sistema y no la cultura; y todos los regímenes comunistas que siguen en pie deben su supervivencia económica a liberalizaciones parciales que reintrodujeron el mercado, el comercio y la propiedad que su doctrina manda abolir. Una teoría cuyas predicciones fallaron sistemáticamente, cuyos experimentos mataron a escala industrial y cuya única medicina comprobada es su propia negación no merece, en rigor, el estatuto de proyecto político debatible. Merece el de error refutado, cuyo estudio pertenece menos a la filosofía

política que a la patología del poder. El problema no es que el comunismo haya fallado por casualidad ni únicamente por malos líderes. El patrón histórico se repite porque su estructura institucional concentra la propiedad, destruye el sistema de precios, elimina los contrapesos políticos, convierte la disidencia en amenaza y obliga al Estado a usar una coerción creciente para sostener un plan que no puede coordinar racionalmente la sociedad. Por eso, cuando los regímenes comunistas han querido sobrevivir, han debido reintroducir precisamente aquello que su doctrina prometía superar: precios, propiedad, comercio, empresa privada e inversión.

Defender la dignidad humana obliga a decirlo sin eufemismos: no hay comunismo sin dictadura, no hay socialismo marxista que no marche hacia él aunque cambie de nombre en el camino, y no hay prosperidad ni libertad fuera del orden de cooperación voluntaria que ambos se proponen destruir.

Referencias

- Andrew, C. y Mitrokhin, V. (2005). *The world was going our way: The KGB and the battle for the Third World*. Basic Books.
- Applebaum, A. (2003). *Gulag: A history*. Doubleday.
- Applebaum, A. (2017). *Red famine: Stalin's war on Ukraine*. Doubleday.
- Arendt, H. (2006). *Los orígenes del totalitarismo* (G. Solana, Trad.). Alianza Editorial. (Obra original publicada en 1951)
- Aron, R. (2011). *El opio de los intelectuales* (E. Molina, Trad.). Página Indómita. (Obra original publicada en 1955)
- Banco Mundial. (s. f.). *Venezuela, RB: Datos*. <https://data.worldbank.org/country/venezuela-rb>
- Banco Mundial. (2016). *Vietnam 2035: Toward prosperity, creativity, equity, and democracy*. World Bank Publications. <https://doi.org/10.1596/978-1-4648-0824-1>

- Banco Mundial. (2022). *Four decades of poverty reduction in China: Drivers, insights for the world, and the way ahead*. World Bank Publications. <https://doi.org/10.1596/978-1-4648-1877-6>
- Banco Mundial. (2022b). *From the last mile to the next mile: 2022 Vietnam poverty and equity assessment*. World Bank Publications.
<https://www.worldbank.org/en/country/vietnam/publication/2022-vietnam-poverty-and-equity-assessment-report>
- Boettke, P. J. (1990). *The political economy of Soviet socialism: The formative years, 1918-1928*. Kluwer Academic Publishers.
- Coase, R. y Wang, N. (2012). *How China became capitalist*. Palgrave Macmillan.
- Conquest, R. (1986). *The harvest of sorrow: Soviet collectivization and the terror-famine*. Oxford University Press.
- Conquest, R. (2008). *The great terror: A reassessment* (40th anniversary ed.). Oxford University Press. (Obra original publicada en 1968)
- Corrales, J. y Penfold, M. (2011). *Dragon in the tropics: Hugo Chávez and the political economy of revolution in Venezuela*. Brookings Institution Press.
- Courtois, S., Werth, N., Panné, J. L., Paczkowski, A., Bartošek, K. y Margolin, J. L. (1998). *El libro negro del comunismo: Crímenes, terror y represión* (C. Vidal, Trad.). Editorial Planeta y Espasa Calpe. (Obra original publicada en 1997)
- Davies, R. W. y Wheatcroft, S. G. (2004). *The years of hunger: Soviet agriculture, 1931-1933*. Palgrave Macmillan.
- Dikötter, F. (2010). *Mao's great famine: The history of China's most devastating catastrophe, 1958-1962*. Walker & Company.

Djilas, M. (1957). *The new class: An analysis of the communist system*. Frederick A. Praeger.

Freedom House. (2026a). *China: Freedom in the world 2026 country report*.

<https://freedomhouse.org/country/china/freedom-world/2026>

Freedom House. (2026b). *Cuba: Freedom in the world 2026 country report*.

<https://freedomhouse.org/country/cuba/freedom-world/2026>

Freedom House. (2026c). *North Korea: Freedom in the world 2026 country report*.

<https://freedomhouse.org/country/north-korea/freedom-world/2026>

Friedrich, C. J. y Brzezinski, Z. K. (1965). *Totalitarian dictatorship and autocracy* (2nd ed.).

Harvard University Press.

Gramsci, A. (1975). *Quaderni del carcere* (V. Gerratana, Ed.). Einaudi.

Haggard, S. y Noland, M. (2007). *Famine in North Korea: Markets, aid, and reform*. Columbia

University Press.

Hayek, F. A. (1945). The use of knowledge in society. *The American Economic Review*, 35(4), 519-530.

Hayek, F. A. (1990). *La fatal arrogancia: Los errores del socialismo* (L. Reig, Trad.). Unión Editorial. (Obra original publicada en 1988)

Hayek, F. A. (2011). *Camino de servidumbre* (J. Vergara, Trad.). Alianza Editorial. (Obra original publicada en 1944)

Kiernan, B. (2002). *The Pol Pot regime: Race, power, and genocide in Cambodia under the Khmer Rouge, 1975-79* (2nd ed.). Yale University Press. (Obra original publicada en 1996)

Kolakowski, L. (1980). *Las principales corrientes del marxismo* (J. Vigil, Trad., Vols. 1-3). Alianza Editorial. (Obra original publicada en 1976)

Kolko, G. (1997). *Vietnam: Anatomy of a peace*. Routledge.

Kornai, J. (1992). *The socialist system: The political economy of communism*. Princeton University Press.

Laclau, E. y Mouffe, C. (2004). *Hegemonía y estrategia socialista: Hacia una radicalización de la democracia* (E. Laclau, Trad.). Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1985)

Lange, O. (1936). On the economic theory of socialism: Part one. *The Review of Economic Studies*, 4(1), 53-71. <https://doi.org/10.2307/2967660>

Lankov, A. (2013). *The real North Korea: Life and politics in the failed Stalinist utopia*. Oxford University Press.

Lavoie, D. (1985). *Rivalry and central planning: The socialist calculation debate reconsidered*. Cambridge University Press.

Lenin, V. I. (1997). *El Estado y la revolución*. Fundación Federico Engels. (Obra original publicada en 1917)

Linz, J. J. (2000). *Totalitarian and authoritarian regimes*. Lynne Rienner Publishers.

MacFarquhar, R. y Schoenhals, M. (2006). *Mao's last revolution*. Harvard University Press.

Marcuse, H. (1993). *El hombre unidimensional* (A. Elorza, Trad.). Planeta-Agostini. (Obra original publicada en 1964)

Marx, K. (1977). *Crítica del Programa de Gotha*. Editorial Progreso. (Obra original publicada en 1875)

Marx, K. y Engels, F. (1948). *Manifiesto Comunista* (Edición del centenario). (Obra original publicada en 1848)

- Mesa-Lago, C. y Pérez-López, J. (2013). *Cuba under Raúl Castro: Assessing the reforms*. Lynne Rienner Publishers.
- Mises, L. von. (2007). *El socialismo: Análisis económico y sociológico* (L. Montes de Oca, Trad.). Unión Editorial. (Obra original publicada en 1922)
- Natsios, A. S. (2001). *The great North Korean famine: Famine, politics, and foreign policy*. United States Institute of Peace Press.
- Our World in Data. (s. f.). *The two Germanies: Planning and capitalism, GDP per capita, 1950 to 1989* [Gráfico de datos del Maddison Project]. <https://ourworldindata.org/grapher/the-two-germanies-planning-and-capitalism>
- Pipes, R. (2001). *Communism: A history*. Modern Library.
- Popper, K. R. (2010). *La sociedad abierta y sus enemigos* (E. Loedel, Trad.). Paidós. (Obra original publicada en 1945)
- Revel, J. F. (2000). *La grande parade: Essai sur la survie de l'utopie socialiste*. Plon.
- Rummel, R. J. (1994). *Death by government*. Transaction Publishers.
- Sanandaji, N. (2015). *Scandinavian unexceptionalism: Culture, markets and the failure of third-way socialism*. Institute of Economic Affairs.
- Scott, J. C. (1998). *Seeing like a state: How certain schemes to improve the human condition have failed*. Yale University Press.
- Sen, A. (1999). *Development as freedom*. Alfred A. Knopf.
- Snyder, T. (2010). *Bloodlands: Europe between Hitler and Stalin*. Basic Books.
- Solzhenitsyn, A. (2002). *Archipiélago Gulag* (J. Ferrer, Trad.). Tusquets Editores. (Obra original publicada en 1973)

Thatcher, M. (1976, 5 de febrero). *Entrevista en This Week* [Programa de televisión]. Thames Television.